

Luego de los trágicos sucesos de febrero pasado ha comenzado una triste fuga hacia sus países de origen de viejos inmigrantes, especialmente europeos, aupados además por avisos de prensa de cierta agencia de viaje, que ofrecía todo tipo de servicios para "un feliz retorno sin contratiempos".

El espectáculo en las calles de Caracas de tiendas destrozadas y de pequeños abastos y carnicerías saqueados producía tristeza inagotable en los corazones de quienes asistimos en los años 60 al esfuerzo y al sudor de nuestros padres para levantar esos negocios cuya única finalidad, al menos en la gran mayoría de los casos, era sólo la de asegurar con sus beneficios la estabilidad de las familias y una correcta educación de los hijos para levantar conscientemente los niveles sociales.

Por tal razón, resulta comprensible la actitud de marcharse con rabia del país que no había sabido apreciar su laboriosidad y su contribución indiscutible a la consolidación de una clase media que es orgullo de cualquier nación desarrollada.

Sin embargo, aunque la furia popular arremetió contra lo más débil y no supo distinguir en ese momento a los verdaderos responsables de la crisis: a los saqueadores de la riqueza de la patria, a los corruptos detestables de cuello blanco, a los ladrones grandes y medianos que se sirvieron de influencias ilegítimas para robar al estado y reducirlo a la miseria, a los evasores fiscales, a los acapara-

OPINION

INTEGRACION: AHORA MAS QUE NUNCA

—por MICHELE CASTELLI—

dores, a los explotadores, etc., aún así, no podemos cancelar más de treinta años de historia y renegar de un plumazo lo positivo que ha significado Venezuela para la solución de problemas económicos, sociales y culturales de tanta gente que en los años '40 escapaba de la miseria y de la carestía europea, a consecuencia de una guerra absurda promovida por la megalomanía nazifascista.

Así como fue posible la reconstrucción de aquellos países en situación mucho más crítica por carecer de recursos naturales que acá abundan, también lo podrá ser de Venezuela, el país en el cual nacimos las segundas generaciones de esa gran inmigración pionera, y en donde están consolidadas nuestras raíces que se van esparciendo con el calor del trópico por la inmensidad de la geografía gigante. Nos toca a nosotros, pues, promover la futura clase dirigente que fundamente sus acciones en

la más pura honestidad y en el espíritu de servicio desinteresado. Es tarea nuestra participar sin reservas a la consolidación democrática, y proyectar hacia la sociedad toda la carga de milenios de tradición para amalgamarla con lo más inclito de la cultura criolla, y así construir juntos un porvenir de dichas y felicidades.

El secreto para realizar la aparente utopía está en la capacidad del hombre para autocontrolar su instinto de prevaricación. Por eso no nos cansamos de repetir lo mismo, y que suena a moralismo quijotesco a los oídos de los malvados que anteponen sus egoísmos al sentido de justicia: más trabajo, más responsabilidad, menos ganancias para los lobos que controlan los monopolios y oligopolios, más justicia para el trabajador que mueve las máquinas de la producción, menos consideración con el funcionario público que vende la patria por un puñado de dólares, castigo ejemplar para los corruptos de todas las especies.

Tenemos fe en los jóvenes. En las nuevas generaciones estudiosas y trabajadoras que han tomado conciencia de su responsabilidad para evitar el desastre definitivo. Muchos de ellos son los hijos de la inmigración nacidos en Venezuela, y por lo tanto le corresponde por derecho un puesto de combate. En primera línea. Por eso rehúyen la prédica del éxodo y ahora más que nunca sienten el orgullo de ser venezolanos.